



GALA

José Luis Cervera

GALA



Primera edición: noviembre 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© José Luis Cervera

ISBN: 978-84-19899-98-9

ISBN digital: 978-84-19899-99-6

Depósito legal: M-31684-2023

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para mamá

1

El olvido

Fue un sábado por la mañana, en primavera. Me desperté contra mi costumbre antes de que el despertador del señor Buda me diera los buenos días. Luego, tumbada en la hamaca, observé el desconchado que lucía en el techo de la habitación y reflexioné.

Para mi mente fantasiosa aquel estropicio era unas veces un agujero por el que huía a un lugar desconocido, mientras que otras representaba un espejo puñetero en el que me reflejaba tal y como me veía: una mierda.

Pero aquella mañana fue diferente, porque mirando la desconchadura, y sin saber los motivos, decidí que iba a vivir feliz.

Este vago pensamiento no era más importante que otros que frecuentaban mi imaginación. A veces imaginaba que a mi lado despertaba una hermosa mujer a quien amar, mientras que otras creía que era una misionera en territorios ignotos y salvajes del África negra. Estas y otras ensoñaciones me ayudaban a llevar mejor el peso de la soledad.

Existen determinadas palancas que se activan y que hacen que una persona que hasta ese momento era vaga y perezosa quiera sentirse ahora útil y al tiempo necesaria; tal vez fue ese mi caso.

Así que bajé de la hamaca en la que dormía desde hacía ocho meses y algunos días, que era el tiempo que llevaba divorciada de Nelson Cuevas, y me dirigí con los pies desnudos a la ventana. Descorrí la cortina y el cuarto se llenó de luz. Mis ojos miraron el

cielo y avistaron un par de nubes. Al verlas, me pregunté a dónde irían, e inmediatamente recordé un verso que grabé en la memoria: *No habrá una sola cosa que no sea una nube.*

Más tarde sonó el teléfono. Anna-lis, al otro lado, estaba de los nervios. Me dijo que el cartel que había diseñado para la campaña de la violinista y médium Trev Fullana no superó la prueba de impresión del viejo Angus. Anna-lis habló empleando un tono duro, y me emplazó inmediatamente para hacer determinadas correcciones.

—¡Coge papel y anota!

No era la primera vez que los problemas del viejo me salpicaban. Sabía de sus intenciones. Aquel zorro, venido a menos desde hacía un tiempo, no disimulaba en absoluto y me utilizaba para ocultar lo mal que andaban las cosas en su negocio.

Bajé a la cocina y preparé un té. Mientras el agua hervía observé la bolsita que guardaba la infusión; era una bolsita diseñada por el maestro Kaito. Respecto a esto, recuerdo que una tarde, Clarambo, mi hermana en el grupo del Maestro sin Nombre, me dijo:

—Esté es el té del maestro Kaito. Debes entrenar tus ojos para aprender a mirar en él, pues esconde sorpresas que una bebedora de té, si ese es su deseo, puede descubrir. Por eso, Gala, te regalo esta lupa, que es la que recomienda el maestro Kaito, y también te regalo un cuaderno de observaciones, que también recomienda el maestro Kaito, para que anotes en él las sorpresas que tus ojos descubran.

Y así, haciendo uso de la lupa y con el deseo intenso de una exploradora, investigué la bolsita de té y descubrí tres sorpresas que anoté en el cuaderno de observaciones:

*Sorpresa n° 1: **Observo** las hojas de un árbol que tiene forma de corazón.*

*Sorpresa n° 2: **Descubro** una rama. Sobre ella veo a un pájaro que tiene una pata quebrada.*

*Sorpresa n° 3: **Distingo** una mancha de color azul, que puede ser un trozo de cielo.*

Me hubiera gustado estar más tiempo entregada al estudio de la bolsita, pero la regla del maestro Kaito lo impedía al señalar que las sorpresas tenían que ser destruidas para ser humo, pues nada perdura en el tiempo. Así que cuando el agua estuvo bien caliente y la vertí en la taza todo se evaporó. Las sorpresas, de efímera existencia, pasaron a mejor vida convertidas en humo; transformadas en una singular anomalía.

Encendí el iMac y me dispuse a solucionar el problema del cartel de Trev. Las correcciones que me ordenó Anna-lis resultaron ser de poca monta. Una vez resueltas las envié a su correo de trabajo, y al poco me contestó.

—Ok. Gala. Asunto cerrado. ¡¡Puto Manteca!!

Le pregunté por qué seguía con el mal humor a cuestas, y me contestó que su ex, el *mosso* de escuadra, el agente Mos Manteca, había dejado los platos sin fregar la noche anterior.

—¡Poca broma, Gala! ¡Estoy que se me llevan los demonios! La fregada del viernes le toca a él, o en su defecto a su novia, la putona de la patrullera Trujillo. Esto es lo que hablamos un día, y eso es lo que dejamos firmado en un documento de mediación. Y yo digo que si yo cumplo mi parte del contrato, ese mierda ha de hacer lo mismo. Y en su caso todavía más, puesto que es un funcionario público y por tanto se debe a los ciudadanos. Y yo soy una ciudadana, ¿acaso no es cierto lo que digo? ¡Contesta!

—Es cierto lo que dices.

—Pues por lo tanto que cumpla con su deber, ¡qué cojones!

—Sí, qué cojones.

—Pero qué puedo esperar de una situación así —dijo adoptando un tono melodramático— si ninguno de los dos queremos dejar la casa. En fin, querida, ya ves cómo está el patio: una se despierta un sábado por la mañana y se encuentra primero con el estropicio del viejo Angus y luego con los platos sin fregar del jodido Manteca. Pero, ¡qué desgraciada que es una!

Las palabras de Anna-lis trajeron el caos a mi cabeza. El cielo besó la tierra y todo quedó a oscuras, e inmediatamente sentí el peso de una losa en el corazón. ¡Qué sensación más desagradable! ¡Qué dolor tan repentino! Empujaba con mis manos la losa que había caído sobre mí, pero no podía. Y ¿por qué? Porque olvidé, querido lector, ¡qué cabeza tengo!, el partido de fútbol de mi hijo al que, bajo promesa escrita en un documento de compromiso y sin faltas de ortografía (Dios lo bendiga, pues progresaba en la escritura), juré asistir.

Me enfadé y estrellé los ojos contra el reloj aplastado de Dalí que tenía colgado en la pared del estudio. Mi boca lo maldijo. Lo llamó cabrón, super enano, puta mierda de reloj y otras cosillas que me callo. Eso sí, le dije en voz alta que un día de estos se iba a enterar, pues lo pondría de manecillas en la calle para que las ratas se lo comieran; es más, el profesor Carpintero vendría para comprobar *in situ* que no le quedaba ni una décima de segundo en su mecanismo; todo eso le dije.

El odio a Dalí me venía de lejos. El profesor Carpintero tuvo la culpa de ello, pues afirmaba, y ponía la mano en el fuego, que las obras de aquel que se llamaba a sí mismo «supernormal» no eran sino imitaciones de otros artistas como Derain, Morandi, Miró o Tanguy. Carpintero, que vestía siempre descuidado y que se cagaba en miles de cosas y que no dejaba títere con cabeza, me conquistó. Se supo en el colegio que tuvo problemas con el padre Martín porque criticaba la vida que allí se llevaba, sobre todo en el comedor, donde era mal visto que un profesor hablara con las alumnas. Supimos también que Carpintero no levantaba la mano cuando el mismo padre Martín pedía voluntarios para los actos religiosos, hecho que hacía con frecuencia. Observamos con la boca abierta cómo el profesor Carpintero se cagó primero en Dalí, luego en los curas, y por último en los trenes, que nunca llegaban a su hora. Aquel día, como era de esperar, lo despidieron. Pero antes, yo di un paso al frente con mi nota de amor, escrita con buena y serena letra. Carpintero utilizaba un proyector de diapositivas para expli-

car el arte de la antigua Roma. Fue sobre el mismo donde dejé la nota, convencida de que la vería, de que se pondría sus gafas de pasta negra, y de que la leería, a pesar de que los cristales los llevaba siempre sucios. La nota decía lo siguiente: «Mi querido profesor, deja que cuide tus alas y te ayude a volar. Prometo limpiarte las lentes. Toda tuya, Gala». Sí, leería aquel atrevimiento mío. Ante la osadía, se quitaría las gafas de pasta, las doblaría y con cuidado las dejaría en el bolsillo de su camisa, me buscaría con sus ojos y me encontraría. Los míos irían a los suyos. César Augusto, Antínoo, Catón y Porcia podían esperar su turno, al fin y al cabo, ellos ya vivieron lo suyo. Y nuestros labios, amparados en la oscuridad de la clase, tenuemente iluminada por la luz del proyector, ya sellados, darían alas a nuestro amor. Me dije que aquel plan no podía fallar, pero falló, porque siempre o casi siempre aparece alguien que estropea las cosas. Ese alguien fue la imbécil de Inés Iglesias que lo echó a perder todo levantando la mano y pidiendo permiso para ir al baño. «Una urgencia de mujer», dijo. Y el profesor accedió a aquella urgencia de mujer. Y como urgencia que era de mujer, Iglesias se levantó disparada y se llevó por delante el proyector y a César Augusto y a los otros, que cayeron de bruces feneciendo en el acto, y con el desastre también desapareció mi nota que, sin brújula alguna, se perdió para siempre.

Miré de nuevo el reloj aplastado de Dalí. ¡Qué ganas me entraron de echarle el guante y darle su merecido! Pero me faltaban las fuerzas para hacerlo. Nunca, además, lo hubiera hecho, debería escribir. El reloj era un regalo de Anna-lis, que siempre, cuando venía a casa, preguntaba por él, temerosa de que ya no estuviera en su sitio.

El reloj dictaba sentencia. La hora del comienzo del partido se me vino encima, pero lo peor era que tampoco recordaba la dirección del campo donde se jugaba el partido. Tengo memoria de pez y algunas veces pienso que mi cabeza no da para más. Pero debiera desistir de esta consideración porque una recuerda las cosas que le interesa recordar, y las que no las deja aparcadas en algún almacén de la memoria.

Inútilmente cogí la agenda, pero recordé al momento que en un día de ira, estando Nelson delante y para fastidiarlo, arranqué la hoja donde estaban anotadas las direcciones de los campos y me la comí a dos carrillos para hacerle ver que el fútbol y la asistencia a los partidos del niño eran asunto suyo, y que todo aquello me importaba un pepino. Y ahora, me dije, ni loca lo vas a llamar. Sabe que Max te hizo firmar un compromiso de asistencia y seguro que pone en tela de juicio tu responsabilidad como mamá. Además, con lo borde que es no te cogerá el teléfono; es más, te devolverá la llamada cuando le salga de lo suyo.

Piqué en Google el nombre del club, *Peña Andrés Iniesta 24*, y un pájaro con un mensaje en el pico dijo: *Página en obras por traslado del jugador*. Clicqué en el subrayado y se abrió una ventana: una señora, con aspecto de haber regresado de la peluquería, saludó y me dio los buenos días. Sin miramientos me trató con prisas.

—Mi sobrino Bruno es el secretario del club. En estos momentos no está porque ha salido de visita. Me ha dicho que esté aquí hasta que él regrese. Mi sobrino ha ido al zoo para ver una pantera negra. Él es un estudioso de la fauna salvaje. Pero dígame, por qué ha llamado. Estoy en mi clase de inglés online con el *teacher* Palomares y me está haciendo perder un tiempo valioso, y Palomares es inflexible.

Le expliqué el caso y me despachó diciéndome que solo me podía ayudar dándome unos números de teléfono anotados en un periódico deportivo.

—Mejor eso que nada, ¿no cree usted?

—Claro.

—Y con un poco de suerte tal vez encuentre a ese que busca, ¿cómo dijo que se llamaba?

—Carnicero, entrenador Vicente Carnicero.

—Ah, sí, Carnicero. He oído hablar de él. Tengo entendido que le vienen ataques de violencia. Vamos, apunte, que Palomares me cobra igualmente, aunque no hable.

Marqué el primero. Mientras daba el tono hice una micro meditación que me enseñó el Maestro sin Nombre. El maestro hablaba

de pensamientos que se dibujaban en el espacio. «En el manto de la oscuridad —decía— viajan infinitos pensamientos y mi labor es enseñaros a echarles el lazo». Se trataba de un procedimiento básico: debía alzar el brazo, abrir la palma de la mano, estirar los dedos y respirar desde la boca del estómago. Esto era muy importante, porque si no se hacía bien lo demás no servía para nada. Realizados correctamente estos pasos se podían visualizar objetos y así coger el que quisiéramos para satisfacer nuestro deseo. En un abrir y cerrar de ojos visualicé una máquina expendedora de tabaco, porque estaba de los nervios y me moría por un cigarrillo. Se acabaron los tonos y saltó el contestador automático. No sé si fue una consecuencia de la micro meditación, pero lo cierto fue que me sobrecogió el espíritu de Barry White que me visitaba y me susurraba al oído: «*We got it together, didn't we? / Nobody, but you and me / We got it together, baby...* Te atiende Jessica, la pantera negra, cariñosa y bien dotada, veintiocho por ocho. Los amantes de los documentales dicen de mí que soy una bestia humana. Pero eso es lo de menos. Mi gran virtud es la escucha. Y ahora dime tú, corazón...».

No dije nada y colgué.

El segundo número era el de una pizzería llamada *Adriano di Marco*. Una mujer descolgó, e inmediatamente se me confesó:

—Me llamo Úrsula y estoy hasta los cojones de mi jefe. Trabajo un montón de horas, me da las tareas más pesadas y encima me paga una mierda. Ese estúpido hace chistes de mal gusto. Además, mi vida privada es un desastre. Tengo la rodilla hecha polvo, mis gatos me odian y los novios que me salen por Internet no me duran nada, todos quieren lo mismo. Como comprenderá esto es una carga para mí. Así que insulto a las pizzas y les digo que son unas asquerosas; a veces escupo en la masa. Ayer, un hombre quiso morir arrojándose a las vías del tren, pero el desgraciado tuvo mala suerte y se lanzó a una vía muerta. A veces los trenes pasan con retraso. En ocasiones, me digo que esa es la solución, pero otras no. Dígame, ¿qué piensa usted?

Le respondí a Úrsula:

—Antes de lanzarse asegúrese de que la vía no esté muerta.

A Úrsula le gustaron mis palabras, tanto que me pidió permiso para subirlas a su muro de Facebook.

—Y ahora dígame, ¿por qué ha llamado a *Adriano di Marco*? Hoy es el día de la oferta del barrigón. Tenemos la pizza XXL a mitad de precio y con suplementos del maestro pizzero Rielo.

Le expliqué a Úrsula el motivo de la llamada.

—Ha dicho Carnicero, ¿verdad? Umm, debe ser el de los ataques de violencia.

Me dijo que esperase.

Úrsula regresó y cogió de nuevo el auricular.

—He encontrado su ficha, está usted de suerte. Escuche lo que dice: «Carnicero demuestra su pericia girando con un dedo la masa ardiente de una pizza familiar modelo Barbacoa-Inferno. Carnicero lo hace a la manera de Lebron James. Para Carnicero el resultado de la exhibición es terrible. Carnicero se abrasa hasta las cejas. Se da por acabada la carrera de Carnicero como heredero del maestro Rielo». ¿Qué le parece?

Le dije que me parecía una historia terrible.

—Bueno... Aunque la cara le quedó como le quedó por aquí lo nombraron empleado del mes y pasaron a llamarle *el fantasma de la pizza*. Ya le dije que mi jefe es un borde. Por cierto, en la ficha está apuntado el número particular de su domicilio. Cuando llame igual le contesta Víbora, la esposa.

Víbora atendió mi llamada.

—Pero ¿quién es esta mujer que llama a mi casa y pregunta por mi marido *el fantasma de la pizza*? ¿Es acaso su amante? Reconozco dos cosas: una, que hay que tener valor para poner los ojos en un hombre así, con la cara que se le ha quedado al desgraciado; dos, que hay que tenerlos bien puestos para llamar a mi casa sabiendo cómo se las gasta Víbora.

El motivo de la llamada no pareció convencerla del todo.

—¿Tengo que fiarme? Últimamente el fantasma no anda muy centrado. Lo noto distante. Algunas cosas se le olvidan. ¿Sabe lo que le pasó el otro día? Pagó la gasolina y se fue sin repostar. Dígame, ¿por qué le ocurrirá esto?

—Señora Víbora —respondí— los hombres son diferentes. Ellos son más mentales que nosotras y sus procedimientos lógicos son distintos. Nosotras somos más espirituales. Yo no digo que eso sea una regla fija, pero en muchos casos suele ser así. ¿Ha oído hablar del equilibrio de fuerzas, del yin y del yang? Son conceptos chinos.

—Yo de los chinos —replicó la esposa de Carnicero— solo conozco unas bolas que me regaló mi marido y la tienda de Chao. Pero no importa, solamente quería testarla. Usted no es el tipo de mujer que le pueda gustar al fantasma. Así que descarto que sea su putilla, aunque a decir verdad una como usted, complicada y algo chiflada, no le vendría mal. Pero está bien, confiaré en usted y le daré el número de su móvil. Apunte. Atiende por Vicente Carnicero. Dese prisa no me vaya a arrepentir y se quede sin ver el partido de su hijo. ¡Por dios!, qué culpa tendrá el pobrecillo.

2

El partido de Max

Cinco minutos después dije *Ok Google* y dicté la dirección del campo. Se me informó que llegaría 10 minutos antes del comienzo del partido.

Aquel sábado no puse el grito en el cielo. No había tráfico, y coger la entrada a la Ronda de Dalt fue cuestión de minutos. Para mí supuso un doble alivio. Aparte de llegar bien al partido de Max, sin coches en la carretera eliminaba (no del todo) la posibilidad de cometer un error y tomar un carril equivocado que me llevara a donde Cristo perdió el gorro. Ya me había pasado alguna vez, y era normal que terminara atacada de los nervios.

El cielo y la tierra hicieron las paces y parecían estar cada uno en su sitio. Sin embargo, me dije que no debía bajar la guardia. Está bien que una se despierte y que mire el techo embobada y decida eso de vivir feliz y bla, bla, bla. ¡Vale! pero queda demostrado que un simple olvido puede dar al traste un estado de aparente felicidad, pues todo cambia rápidamente.

Salida 4, Ronda de Dalt, túnel de la Rovira. Próxima salida.

Era la invitada al partido de Max. De fútbol, ni idea. Eso era cosa de Nelson, un viciado de la pelota (además de ser un tocapelotas). Encima era la primera vez para mí. «Nunca es tarde, mamá», dijo antes de darme a firmar el documento de compromiso. El niño fue listo. Pensó en el documento porque sabe que soy una madre olvidadiza, y a la que se le va el santo al cielo con frecuencia.

«Y, además, —continuó— este partido es más que un partido».

Me pregunté si Max sabía que era el primer partido que jugaba como hijo de papás divorciados; me respondí que tal vez no. Lo que sí sabía era que el partido iba en serio, porque subrayó en rojo, en la agenda del colegio, la fecha y hora, escribió con palabras mayúsculas: «CONVENCER A MAMÁ».

Quinientos metros para la salida 4.

Me incorporé al carril derecho, miré los indicadores del salpicadero y me aseguré de que todo marchase sobre ruedas.

Hay cosas que me gustan de la parte alta de la ciudad y otras que no. La montaña de Barcelona, por ejemplo, la siento fría y como desangelada para vivir en ella. Recuerdo que una vez Annalis me quiso convencer para que me mudara cerca de su casa, en la montaña. Sus palabras fueron: «Hay una casita a dos pasos de la mía con su jardín y todo. La venden unos hermanos que la han heredado de la abuela. Gala, tenemos que verla». ¡Jodida Annalis!, no paró hasta que la vimos. Tuvo que ver con sus propios ojos que aquella casa estaba en las últimas y que encima pedían un dineral. Lo comprobó, y luego mandó a esparragar al de la inmobiliaria porque pensó que éramos una pareja de lesbianas mal avenidas y nos trató con guasa.

Túnel de la Rovira.

Mano izquierda. En un altillo, ya a la vista las banderas, quedaba el campo de fútbol.

Recité el mantra del aparcamiento, previniendo que iba a ser difícil encontrar un sitio para dejar el coche. El mantra del aparcamiento hace efecto si se repite muchas veces y con la cadencia adecuada. No vale decirlo atropelladamente, sino con la precisión de un relojero. No sé cuántas veces lo dije, pero fueron muchas. Insistí, insistí, insistí. «Voy a encontrar un sitio, hay un sitio para mí».

Una legión de padres y simpatizantes de los equipos, coches y furgonetas, motocicletas varias y un pequeño autobús imposibilitaba el acceso al campo. Imposible aparcar ahí. Un poco retirado quedaba un solar que también se veía lleno de coches. Pero tal vez,

con una brizna de suerte, encontrara allí un sitio, aunque pusiera en peligro la suspensión del coche. «Todo está en el aire, solo tienes que cogerlo, hermana Gala», recordé las palabras del Maestro sin Nombre, pensando que me ayudarían. Y debió ser así, porque un gorrilla que custodiaba la entrada al descampado, me hizo señas ostensibles de que sí, de que estaba de suerte, de que un único lugar estaba reservado para mí. ¡Qué lujo era aquel! ¡Qué bendición encontrar a aquel ángel! El tipo caminaba delante del coche con paso decidido, y no se detuvo hasta señalarme el sitio. Sabía bien lo que hacía. Era un profesional del aparcamiento. Pero se excedió cuando me dijo cómo tenía que maniobrar, corrigiéndome incluso. Entorné los ojos para mostrarle que no estaba para bromas de ese tipo. ¿Quién era ese gorrilla para decirme cómo tenía que hacer las cosas? Le hubiera dicho algo, pero me había fijado en su aspecto, y no inspiraba confianza. Era un tipo feo, sucio y sudoroso. Puso la mano, una mano sucia y con las uñas negras, para que le diera, porque era el último sitio que quedaba, y porque me hacía un favor, un billete de cinco euros y las gracias. ¡La madre que lo parió!

A pesar de todo no podía quejarme. La cosa podía haber sido peor, y todavía faltaban siete minutos para el inicio del partido. A buen paso, desde el solar, tardaría dos minutos en llegar a la puerta del campo, y me sobrarían otros cinco, tiempo más que suficiente para saludar a Max. No, no podía quejarme; ni tan siquiera del gorrilla.

Cuando entré en el campo vi a Nelson pegado a la banda pautando el calentamiento de Max. Como siempre lo encontré patético. Nelson, que era un alto ejecutivo, un fabricante de aviones de papel y a la vez un destructor de almas, levantaba la pierna, movía los brazos, estiraba el cuello y flexionaba el tronco. Eran funciones que no le correspondían, pero le daba igual, porque tenía, al igual que otros padres, en muy poca consideración al entrenador Carnicero. Menos mal que ya no era nada mío. Pero pensando en mi interés me hubiera gustado que Nelson me viera para que pensara que la olvidadiza Gala llegaba puntual al partido de su hijo, y cosa

increíble poder fastidiarlo con un ¡zasca, aquí me tienes!

Pero está claro que una no puede dar por hecho lo que todavía no ha sucedido. Adelantar los acontecimientos y celebrarlos no es una buena idea. Me enrabíé tanto con ese pensamiento que me vine arriba y ya sentada en la grada caí en la cuenta de un nuevo olvido, el más importante: no había saludado a Max. Me dije que era una tonta del culo.

—¿Puedo ayudarte?

La mujer que estaba sentada a mi lado debió ver mi rostro afilgado. Cuando le expliqué el caso cogió la mochila que traía y de la misma sacó un megáfono de mano.

—Tome. El idiota de mi marido siempre lo trae para animar al equipo. Hoy, porque es un partido importante, ha ido a la portería de Cosco olvidándose del trasto. Úselo, dele una oportunidad. Es un buen megáfono y tiene una gran potencia.

Pensé una vez más, como antes había sucedido con el gorrilla, que el universo me ayudaba.

—¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN...!!

Sorprendida por cómo se amplificaba mi voz dejé de hablar temerosa de que todo el mundo se fijara en mí.

—Vamos, vamos, continúe. No se me quedé ahí —me apremió la otra—, todo el mundo nos está mirando y todavía no ha dicho lo que tenía que decir.

—¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN...!! ¡¡ESTE MENSAJE ES PARA MAX!! ¡¡MAX, MAMÁ ESTÁ AQUÍ!! ¡¡MAMÁ HA VENIDO A VERTE!! ¡¡MAMÁ HA CUMPLIDO CON EL PACTO DE COMPROMISO!! ¡¡RECUERDA, MAMÁ TE QUIERE!! ¡¡SUERTE CON EL PARTIDO!!

¡Por Dios y todos los santos! El público, y por descontado Max, dejaron lo que estaban haciendo y me miraron. ¡La loca del megáfono! Reconozco que me vine arriba, y que emocionada quise dedicarle algunas palabras más, pero la mujer me quitó el megáfono de las manos y me dijo que tampoco era cuestión de liarla más.

—Todos nos están mirando, el idiota también. Ahora es posible que me llame al móvil y me diga que le baje el instrumento. Además, mira a tu hijo. Se ha quedado pasmado. No se mueve, parece la estatua de un jardín botánico con una pierna a media altura. ¡Pobrecito!

—Ah, eso... —dije dándole poca importancia al congelamiento del niño— Eso le pasa porque ha tenido un borrado de memoria debido a una fuerte impresión. A veces le pasa ante una situación inesperada. Es una cosa que ha heredado de mí. No se preocupe, en un momento se le pasará.

Nelson cerró el puño y me enseñó los dientes. Luego se giró y le dio algunas instrucciones a Max.

—Mire, mire cómo corre el entrenador Carnicero. Si sigue así le va a dar un jamacuco a ese hombre.

Era un comentario jocoso, porque Carnicero era un gordinflón. El pobre sólo aguantó unos metros de carrera porque se quedó sin aliento. Doblado, con las manos en las rodillas y con la lengua fuera, se dio cuenta de que la gente se reía de él. Y él, enfurecido, alzó la mirada para darse cuenta de que Max volvía a la normalidad y le levantaba el pulgar a su padre. Superado y humillado, el entrenador alzó el puño y maldijo a Nelson:

—¡¡Maldito cabrón hijo de puta!! ¡¡Me cago en el ombligo de la madre que te parió!! ¡¡Un día de estos se me va a ir la cabeza y te aplastaré los huevos!!

Dolores era el nombre de la mujer que estaba sentada a mi lado. Era de mediana estatura, delgada, de nariz aguileña, de cabello claro y de mirada oscura. Enseguida me confesó que estaba embarazada y que su vida no iba por buen camino.

A pesar de eso la felicité por lo del embarazo.

—Estás de coña —me recriminó—. Te acabo de decir que mi vida es un asco.

Me disculpé y mantuvimos un incómodo silencio. Luego le pregunté por su hijo y por el traje de portero que lucía y que llamaba mucho la atención.

Dolores me respondió:

—Ah, eso... Cosco se encabronó y quiso vestir para el partido de hoy como el hombre araña. A Spiderman se le cruzan los cables y juega de portero con el traje de faena, y para colmo le sale un partido de cojones... Como te puedes imaginar no hubo manera de convencerlo de lo contrario. Cosco es terco como una mula y además el idiota de su padre se lo consiente todo. En cuanto se enteró, salió disparado como un cohete y en la primera tienda que encontró le compró el traje de marras. Por cierto..., el idiota es aquel tipejo que vigila a Cosco tras la portería. Ahora mismo le está comiendo la oreja al niño para que no cometa fallos. Y pensar que se gana la vida como registrador de la propiedad...

El tipejo, o el idiota, como así lo llamaba Dolores, era menudo, iba bien vestido, usaba gafas y lucía poco pelo.

—Claro que a mí esto de la pelota me importa una mierda.

Los jugadores terminaron el ejercicio de calentamiento y se retiraron al vestuario. Salieron de nuevo respetando la fila y acompañados por el árbitro.

Cuando comenzó el partido Nelson se convirtió en un improvisado entrenador. Pegado a la banda, sin descanso y haciendo aspavientos, iba ordenando a los jugadores en el campo. No era el único, otros padres hacían lo mismo. No entiendo de fútbol, pero no tenía que saber mucho para darme cuenta de que aquellos jugadores trataban mal a la pelota y que corrían como cabras extraviadas.

Tras cinco minutos de cortesía comenzaron los insultos. Los padres y los simpatizantes la tomaron primero con el árbitro y después con los entrenadores; incluso entre ellos mismos había diferencias, algunas incluso serias.

—Ya se están calentado —dijo Dolores—. Estos acabarán hostiándose de un momento a otro. Hoy están más excitados que nunca. El grupo de WhatsApp ha echado humo durante toda la semana. Lo mejor será que nos vayamos de aquí.

Me llevó al bar deportivo del campo. Tras la barra un tipo limpiaba un montón de vasos y tazas de café enredado en sus pensamientos. Era aquella una tarea de carácter mecánico que me recordó las palabras del maestro cuando nos decía que el monje Hanh limpiaba cientos de platos en un monasterio y que con ello ejercitaba su atención, y que se sentía feliz por ello, y que nosotros debíamos imitarlo en este tipo de mecánica pues era lo correcto; de esta manera y porque pensábamos que él era la razón limpábamos el piso del maestro cada semana. Pero no sé si la felicidad del monje era la misma que la de aquel tipo que parecía hablar por lo bajo con algo de fastidio y preocupación.

Dolores me sacó de ese pensamiento.

—¿Qué te dije? Ya se están dando. Siempre es lo mismo, aunque esta vez han comenzado a pegarse antes de hora.

Miré por el ventanal. Era una pelea a tres, un hombre y una mujer contra un desgraciado, el cual tenía todas las de perder. La mujer lo golpeaba con un bolso mientras el otro lo sujetaba por los brazos.

—Me pregunto qué llevará en el bolso —dijo Dolores.

—No lo sé. Tal vez un ladrillo o unas pesas de gimnasio.

—No necesariamente ha de ser así. Existen bolsos que por sí solos pesan como una losa. Te lo digo porque tengo una amiga a la que se le quedó el brazo tonto.

—Vaya, y ¿qué hizo?

—Mi amiga le escribió al fabricante para quejarse, pero le respondieron que no era culpa suya. Le dijeron que la próxima vez que fuera a comprarse un bolso llevara una balanza.

—¿Cómo! ¿Una balanza?

—Mi amiga dijo que el fabricante recomendaba equilibrar el volumen del bolso con la masa corporal, y para eso era preciso utilizar una balanza que ajustara lo más posible.

—¡Pero eso es una barbaridad! Yo me negaría a eso. No tengo que llevar una balanza cada vez que quiera comprarme un bolso.

—Le dijo que era tendencia en las redes. De todos modos, en Amazon tienen unas balanzas que son fáciles de llevar.

Iba a responderle cuando vi que la mujer, aprovechando que su compinche sujetaba al otro por los brazos, alzaba de nuevo el bolso para ejecutar un nuevo golpe, un golpe que bien dado podía ser nefasto.

—¡Dios mío! —exclamé— Lo va a matar...

Dolores, que veía lo mismo que yo, le quitó hierro al asunto y dijo que por costumbre esos incidentes no pasaban a mayores.

—Cada semana acompaño a Cosco y al idiota, y siempre se pegan. La semana pasada el padre de Lucas Acero saltó al campo y amenazó de muerte al árbitro.

—¿Y qué pasó?

—En ese caso, nada. El árbitro también lo amenazó de muerte. Juntaron las cabezas y ahí se quedó la cosa.

Me fijé en la mirada de Dolores y me di cuenta de que era una mirada de invierno, deshilvanada por los copos de nieve. A aquella mujer le pasaba algo.

—Mira cómo el idiota se desespera. Es tan tonto que se cree que Cosco llegará a profesional. Como mucho será portero de una discoteca.

Al oír aquellas palabras que auguraban lo peor para su hijo, me pregunté qué tristeza habitaba en Dolores, y si yo sería capaz de decir lo mismo de Max. Ese pensamiento se alargó un instante tanto como el grito que recorrió la gradería como un reguero de pólvora.

—¡¡¡GOOOOOL...!!!

—¿Ves cómo cambian las cosas de un momento a otro? —dijo Dolores—. Nos han metido un gol y esos tres han dejado de pegarse. Eso es lo bueno que tiene meterla... la pelota, claro.

Miré al portero Cosco. Abría los brazos, pedía una explicación que no llegaba. Me pareció que en ese momento era un niño desamparado y solo. ¡El niño más solo del mundo! Dolores me explicó que Cosco había tenido un momento de confusión y que tarde o temprano tenía que sucederle una cosa así. Contó que el delantero se le vino encima como una locomotora y que no supo qué ha-

cer. Por una parte, el entrenador Carnicero le gritó que aguantara el tipo; por otra, el idiota le decía que saliera a por todas y que se echara a los pies de la locomotora enemiga. Cosco debió pensar: «¿Papá o el míster?», «¿Qué hubiera hecho Spiderman?». Pero a Cosco se le nubló el pensamiento y el otro aprovechó para meter el gol, mientras que a Carnicero se lo llevaron en volandas los demonios a donde el idiota.

—¡¡Me cago en el ombligo de Satanás!!

Dolores no pestañeó ante los lloros de Cosco que veía cómo el entrenador Carnicero apaleaba a su padre.

—¿Puedo contarte algo? —preguntó clavando sus fríos ojos de invierno en mí.

Le dije que sí con la cabeza.

—El idiota me engaña, y además ha dejado preñada a su amante...

Las palabras eran como pequeños copos de nieve. Luego, fría y serena, continuó:

—Pero esos golpes no me duelen, porque sé que se irán. Otros, en cambio, se revuelven como culebras. Lo peor de todo es que me he acostumbrado a vivir con ellos...

Miré a Carnicero, que era toda una fiesta. Aquel hombre, preso de un ataque de violencia, se estaba cebando con el idiota.

—He perdonado al idiota. He dejado que vuelva a casa, que se meta en mi cama y que me folle hasta dejarme embarazada. Soy una boba y me he entregado a sus fantasías... y he enfermado: el muy animal me ha pegado un hongo. Menudo papelón para el idiota: ha dejado embarazadas a dos mujeres. El médico dice que puede complicarse la cosa. ¿Sabes? es una broma traer hijos al mundo para esto. De todas maneras, no le he dicho nada, me lo guardo para mí. También he pensado en no tenerlo. Pero ¿me arrepentiría más tarde si hiciera eso? Darle la luz a un hijo que no se desea no es un buen plan.

Las palabras de Dolores me revolviéron las tripas. Max tampoco fue un hijo deseado. Y este era un pensamiento que no hacía

por irse y que siempre me acompañaba. Me preguntaba por qué pensaba aquello. Luego, iba más allá y dudaba si yo también fui una hija que no desearon sus padres, y si eso tendría algo que ver con que mi madre me abandonara cuando era una niña.

Dolores se fustigó.

—Dolores es incapaz de dejar al idiota. Dolores se ha acostumbrado a no valerse por sí misma. A Dolores no le falta de nada, y tiene cuánto quiere. ¿Sabes de lo que te hablo?

Me reflejé en silencio en sus ojos de invierno, y me abrasé en ellos.

—El médico me ha dicho que no fume —dijo Dolores mientras se encendía un cigarrillo—, pero que le jodan, tengo que relajarme... Yo también tuve lo mío y me lié con un musculado del gimnasio. Fue una cosa breve porque al muy tonto, para impresionarme, se le aplanaron los pies con unas pesas de 25 kilos. ¡Joder, me podía haber impresionado bailando zumba, digo yo!

Mientras, en el campo, el equipo de Max lograba el tanto del empate. Observé a Nelson que se daba golpes en el pecho; y a Carnicero que, llevado por tres hombres, volvía la cabeza y levantaba el puño; y al idiota, al que retiraban en una camilla, con la sonrisa torcida porque después de todo, el partido no se había perdido.

¿El último miedo?

De regreso a casa pensé en las palabras de Dolores. Las horribles palabras que dijo no me dejaban en paz. Volaban en círculos concéntricos por encima de mi cabeza, como esos pájaros que no dejan de dar vueltas ante una presa que todavía viva se está muriendo. Me pregunté si yo era como Dolores: una consentida.

Miré la pantalla táctil del salpicadero. Informaba que tardaría unos minutos más de la cuenta en llegar a casa. Al parecer había más tráfico de lo habitual por un accidente sucedido unos kilómetros más adelante.

¿Lo seguía siendo?, me volví a preguntar. La cosa se estaba poniendo fea, y los pájaros volaban en círculo, expectantes: «Pero esos golpes no me duelen, me he acostumbrado a vivir con ellos». ¡Qué mal parida aquella Dolores! Le dije cosas feas, la insulté, con la idea de que al menos eso me aliviara y ahuyentara a los pájaros. Pero no, de pronto me sentí inmóvil. Me hice a la idea de que estaba sentada en una barca sin remos, en mitad de un río con las aguas estancadas. ¡Qué horror!

Observé una señal en la entrada del túnel de la Rovira, y me recordó la obligación de encender las luces del coche. Las manos me sudaban, y tan solo las luces blancas del interior del túnel me dieron un minúsculo alivio. Algo había pasado un poco más adelante, porque alguien hacía señales para que redujera la velocidad hasta parar el auto. Me ordené mirar, ser fuerte, pero no lo hice. Dimítí

de la curiosidad, y busqué amparo en las luces blancas. Pero nunca fui una navegante que podía guiarse por las estrellas colgadas en un cielo despejado. La torpeza para encontrar las direcciones siempre me ha acompañado. Y, sin embargo, por alguna extraña razón, en aquel momento, me visitaron imágenes y recuerdos escondidos en algún rincón de la memoria. Situé mi edad en los siete u ocho años. Mi padre conducía malhumorado, y mi madre, junto a él, ni tan siquiera lo miraba. Yo sí que la miraba, pero ella miraba al frente ajena al mundo-coche-familiar. En aquel túnel había luces blancas, estrellas lejanas, enanas blancas y platillos voladores. Todo un mundo remoto al que yo, desde el asiento trasero, me aferraba pegada a la ventana. ¡Quería huir! Y entonces, sin previo aviso, el coche se detuvo; y papá bufó y se enfadó más. Y ella, a la que yo observé para ver cómo reaccionaba, no dijo nada. Así que papá bajó del coche y buscó un teléfono de emergencia. Esperaba oírla, pero ni mú. Seguía igual, anclada, como yo, ahora, en este asiento treinta años después.

La pantalla táctil no informaba de nada. Era un plano oscuro y poco alentador. Otra vez aquel sábado se complicaba. Pensé que hubiera valido la pena no pensar en ser feliz y quedarse tumbada en la hamaca, y volverse a dormir, tal vez la rutina sea la mejor compañera para no meterse en problemas. Me llamé tonta, y golpeé varias veces el volante con las manos. Tenía miedo. Treinta años antes lo resolví garabateando un pájaro y una puerta en el cristal del coche. La idea de aquella niña fantasiosa era salir de allí, de aquel mundo-coche-familiar en el que nadie decía nada, y en el que al parecer no existía, y entregarse a la suerte de las estrellas.

—¿Adónde vas? —dijo ella cortando en seco mis intenciones de bajar del coche. Fueron sus únicas palabras.

Bajé el cristal y una bocanada de aire caliente y sucio me abofeteó la cara por sorpresa. Lo subí de nuevo y me acomodé lo mejor que pude, pero la espalda recta y la nuca en el reposacabezas de poco sirvieron; tampoco el aire climatizado. Por suerte, el coche que tenía delante se movió. Unos metros más adelante cambié de

carril. Un coche atravesado y un cuerpo inerte, arropado con una manta de aluminio, eran la escena del accidente.

Llegué a casa y me desnudé con prisas. El agua caliente de la ducha me abrió las venas. Respiraba oxigenando la boca del estómago. De esta manera, los malos humores huían campo a través dejando incontables palabras e imágenes hirientes en el campo de batalla. Todo se tenía que ir; todo debía evaporarse como las imágenes del té del maestro Kaito; ¡todo!: el sarcasmo de Nelson, la sonrisa hueca de mi padre, las palabras de Dolores, el cuerpo inerte en la carretera... ¡todo!, menos los motivos desconocidos por los que mi madre me abandonó.

Cuando salí de la ducha los miedos persistieron. Quise acabar con ellos, y para ello empleé otro ritual que me enseñó el Maestro sin Nombre. Encendí dos velones rojos y una vara de incienso. Me senté en la posición de la flor de loto, cerré los ojos y me preparé para la técnica de preparación, manejo y destrucción de las esferas de luz. Básicamente, la operación consistía en activar un campo visual y proyectar un basurero cósmico donde enviar los miedos. Después tenía que contactar con un servidor intermedio y esperar la conexión con la Central Dirigente del Punto de Anclaje (CDPA). El responsable de aquel Punto era el señor Eloy Negatrón, un maestro de rostro rojizo y escaso pelo alborotado. Él debía proveerme de una esfera azul que entraría por el chacra coronario. En voz alta pronuncié las siguientes palabras: «porque te honro, porque me honras, te devuelvo la energía que me has dado y recibo de ti la energía que te entregué». Dependiendo de la velocidad de conexión la espera era más o menos larga. Solo quedaría después sujetar la esfera azul con las manos y esperar la señal de la CDPA para proyectar los esbirros del ego en ella. Si esto se hacía bien, el color azul se hacía más intenso hasta llegar a arder. Por último, debía lanzarla al espacio emitiendo un grito de liberación (aquí se daba libertad de grito). Y así lo hice con el bramido de ¡a tomar por culo! Este ritual de fabricación y destrucción de esferas de luz energéticas producía cansancio. Poca broma, se hace un es-

fuerzo considerable y se tarda un tiempo en recuperarse. Algunos iniciados, nos decía el maestro, habían sufrido quemaduras según la intensidad del calor de la esfera. No sé si exageraba cuando nos contó que un tipo aguantó tanto la bola de energía que llegó a la combustión instantánea. En todo caso yo quedé agotada, y me fue preciso echarme un rato en el sofá del salón.